

recogido en España bajo el título «El cielo de Siberia-La lucha de una mujer por la supervivencia» (Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1980); los escritos de Ajmatova y de tantas otras mujeres que dan testimonio de lo que pasó en Rusia con los hombres de cultura «neutrales» a partir de 1934. Todos ellos documentos de difusión clandestina «samisdat» que pasaron clandestinamente a Occidente. El fenómeno de la literatura clandestina es algo que define acaso mejor que nada la otra cara de la libertad de expresión donde no la hay y que ofrece una imagen específica de la cultura rusa y del estado de opinión en Rusia en las últimas décadas. En efecto, refiriéndose al destino específico de buena parte de la obra de Osip Mandelstam, desaparecido en la purga stalinista de 1938 por haber escrito un poema contra Stalin, Ana Ajmatova pudo decir una vez: «Su obra no necesita del invento de Gutenberg». Porque la circulación clandestina de la literatura y los libros de opinión en defensa de los derechos humanos y como denuncia de los sufrimientos pasados y actuales de los hombres de cultura, ha entrado en una especie de larga tradición en Rusia. Sólo de tarde en tarde y a trozos, la opinión del mundo libre toma algo de estos textos. Se emociona por un instante, los más activos denuncian el hecho, algunos se basan en él para renegar de su ideología comunista en función de sus consecuencias prácticas, luego el olvido y luego aún otro documento a veces más estremecedor que los anteriores. Mientras sus autores siguen luchando y dando testimonio con su sufrimiento de cuanto escriben en Rusia, la cosa mantiene su validez de testimonio. Pero en cuanto la razón de Estado logra la expulsión de Rusia de los testigos que considera más significativos, el fenómeno entra en una especie de disolución vaporosa, fruto de la lejanía, la inadaptación o la inconsistencia del drama de la libertad en el Occidente libre, devorador de noticias y propenso a una vivencia «sub specie instantis».

De cuando en cuando aparecen en Occidente antologías de «Literatura clandestina» rusa. Recordamos un volumen sugestivo de hace unos trece años con textos de Solshenitsin, Vladimir Maximov, Victor Vielski, Alexander Urusov, Victor Rostopschin y algún que otro anónimo. Jean François Revel ofrecía entonces algunas consideraciones sobre el fenómeno de la literatura clandestina que siguen aún válidas, porque en Rusia en todo se manifiesta un fuerte conservadurismo, fruto de la costumbre, los dogmas y la gerontocracia. Lo mismo siguen válidas las consideraciones que entonces hacía en un amplio volumen sobre el tema, la revista «Esprit» de París, fundada en los años treinta por el inolvidable filósofo personalista Emmanuel Mounier. Es inconcebible otra cosa, sea en la era Breznev, sea en la corta etapa Chernenko, porque algunos de los textos que salen clandestinamente para Occidente o se publican clandestinamente en Rusia, se encuentran con la prohibición de la censura oficial soviética. Prueba simple y meridiana que la simple neutralidad del creador es algo oficialmente desconocido en Rusia, aunque no participe del mismo criterio la creatividad en otros países como Polonia, Hungría, Rumanía e, incluso, China. Por ello, mientras la oposición de los hombres de cultura se inscribe, como observaba recientemente Milan Kundera ¹¹, en un fenómeno de opinión en vasta

¹¹ MILAN KUNDERA, *Un Occidente secuestrado o la tragedia de Europa central*, en «Vuelta», México, núm. 90, mayo 1984.

escala, de carácter nacional y de tintes liberalizadores, en países como Hungría, Checoslovaquia de la Primavera de Praga o la Polonia de la Solidaridad, de un Wajda o un Grottofski, en Rusia lo característico es, y sigue siendo, la carga disidente de la «intelligentzia». Fenómeno específico que distingue aún el «status» cultural ruso del que perdura y se fortalece en lo que años atrás tuvimos que llamar la «Europa ausente». En la «Europa Ausente» se piensa, cada vez más, en Europa, de cuando en cuando hay gente proclive a «morir por su Patria y por Europa». En Rusia, nunca. Inclusive en prohombres de la «disidencia» cultural como Solshenitsin y Sajarov, Siniavsky o Zinoviev, desde dentro y desde fuera, la acción contra los dogmas y el terror totalitario, se resiente de una creciente carga rusa, e implica una poderosa vuelta a las fuentes rusas con toda su potente sobrecarga de nacionalismo, de ortodoxismo, de paneslavismo y de «Santa Rusia».

La literatura clandestina, además de instrumento de expresión de la disidencia, constituye la expresión de un estado de espíritu y de un modo de pensar y comunicar eficazmente entre las gentes. Textos copiados a máquina circulan de mano en mano y son devorados por millones de lectores con un interés muy lejano del que despierta lo publicado a la luz del día. Por ello, circulaba en Moscú en los años setenta una anécdota sin duda todavía actual en el ambiente ruso que decía más o menos lo siguiente: Un moscovita llega a casa de unos amigos donde la madre está copiando a máquina la novela de Tolstoi «Ana Karenina». Preguntando por qué hace esto con una obra publicada en millones de ejemplares, la vieja señora contesta: «Quiero que mi nieta lea esta obra y la única manera de que lo haga es pasársela así, bajo mano, copiada a máquina». Así se explica la existencia de una literatura clandestina en Rusia, que ejerce un influjo especial sobre la imaginación de las gentes que buscan por todas partes signos de libertad. También la literatura clandestina es una de las imágenes vivas de la *otra cara de la libertad*. En ella las nuevas generaciones buscan la voz de la libertad y la creación auténticas y contactos directos con la libertad libre que para ellas no puede convivir con el aparato burocrático que dirige y orienta la creación cultural según esquemas prefijados. Una voz que nadie concibe que se pueda oír a la luz del día. En la literatura clandestina circulan los textos perseguidos bajo Stalin y después. Comentarios sobre las obras de vanguardia. Textos de los grandes exiliados de ayer y de hoy. Documentos en defensa de los derechos del hombre. En aquel volumen que mencionábamos antes había una impresionante visión de una procesión pascual de Solshenitsin, «La tentación», obra de Maximov y, sobre todo, unas alucinantes revelaciones de Vielski. Ningún periódico o editorial oficiales podrían publicar ni ayer ni hoy un texto como el de Vielski abierto a ofrecer un nuevo Evangelio y un nuevo Sermón de la Montaña, donde en una transfiguración nueva se actualizan figuras dispares, pero siempre disconformes con la doctrina oficial y en la línea disidente de Dostoievsky, Kafka, Nietzsche, Stirner. Alguien presentaba este texto de Vielski como «la obra más notable de la literatura rusa del siglo XX», singular Evangelio, documento de dolor y desesperanza. Imagen de un dolor crucificado que marca con su sello el universo de la disidencia. La libertad creadora que busca su justificación y su testimonio vivo en el dolor vivido en cada hombre dispuesto a defender su libertad de crear, escribir, expresarse según los impulsos de un fuego interior que nada tiene

que ver con imposiciones objetivas impuestas por el Estado: un Estado que pretende identificarse con la Sociedad misma, con sus impulsos y sus intereses.

V

La actitud de los intelectuales rusos que hace quince años hacían una revisión profunda de la valoración de la figura de Lenin en su centenario, los intelectuales de Occidente la podían conocer globalmente a través de textos hermenéuticos como el que ofrecía la revista «Esprit» en un profundizado «Informe sobre el estado cultural de la URSS». Durante años, la inteligencia occidental situada a la izquierda, sí estaba dispuesta a revisar su actitud ante el culto de Stalin, al conocer sus crímenes, mantenía viva la figura de Lenin. Incluso *renegados* como Garaudy, seguían viendo después de su ruptura con el partido en Lenin al gran modelo. A través de la disidencia rusa se podía comprobar, mirando sus textos y sus manifestaciones, la «indigestión leninista» en Rusia. De forma que muchos intelectuales rusos llegan a considerarle como «un fanático de vistas angostas que buscaba antes que nada el poder y que sacrificara los valores esenciales del mundo civilizado para alcanzar sus fines». Como un hombre que aplastó los principios democráticos y cuyos métodos para yugular la oposición interna y externa al partido bolchevique, llevaban inexorablemente a la dictadura soviética. El que brindó a Stalin los instrumentos y los esquemas mentales para hacer lo que hizo. Causa primera de la opresión de siempre, incluida la actual. El espíritu de «¿Libertad para qué?» La consecuencia, un paisaje cultural desolador así descrito por el disidente Siniavsky: «Somos capaces de meternos a Europa en el bolsillo y regalarle herejías. Pero somos todos incapaces de crear una cultura».

La disidencia rusa ofrece, sin embargo, todo un complejo de creatividad para que esta cultura exista en su forma subterránea, completando las manifestaciones culturales que, sin duda, han podido realizarse al amparo de la injerencia oficial. Porque la libertad, como la «astucia de la razón» hegeliana, tiene mil formas de insinuarse y manifestarse en la epifanía de la creatividad de un pueblo inmenso que no se ha movido sólo en la exaltación de la cultura de la nada en la tradición nihilista, tan peculiar en Rusia. Grande y fecunda ha sido en el siglo y sus cárceles, la memoria del silencio. Quien se ha acercado a los avatares de este mundo ha podido conocer poetas, dramaturgos y escritores que han compuesto en la mente obras y poemas enteros, transcritos desde la memoria dolida al papel, una vez libres. Ha habido y hay un «samisdat» de la mente y la memoria, como los poemas homéricos, como ha habido y hay un «samisdat» inmenso capaz de prescindir del invento de Gutenberg y de las especulaciones doctas de Marshall McLuhan. En sus «Memorias», la viuda del ejemplar Osip Mandelstam, llega a decir: «Comprendo que no veré publicado ningún libro de Osip, porque también mis días llegan a su fin.» Esto lo decía hace cosa de veinte años Nadezda Mandelstam, al hablar de su vida con Osip, de los años veinte y treinta, del asesinato de su marido, de los vagabundeos de ambos por la ancha Rusia, perseguidos y atormentados, de sus propias cárceles y sufrimientos. Pero fue ella también la que dijo: «Me consuelan, sin embargo, las palabras de Ana Ajmatova: «Osip